

CAPITULO X.

El Kosmos.

Era en una noche hermosa, despues de haberse retirado las personas que habian estado durante el dia de visita en el palacio de Tegel, entre otros la familia de Hedemann, el conde York, los Arnims, el conde y la condesa Henkel, Rauch y la princesa de Carolath. Nadie habia quedado sino la señora de Varnhagen, que pensaba pasar en Tegel los dias que debia durar la ausencia de su esposo que habia ido á Munich. Teodoro y German de Humboldt, acompañaban á caballo á una parte de los huéspedes, y de este modo únicamente habian quedado Guillermo y su esposa Carolina, Raquel y Alejandro.

Este último se hallaba de un humor excelente; lleno de satisfaccion, como sucedia siempre cuando se hallaba en Tegel entre los suyos, lo era en aquel dia mucho mas, por estar allí Raquel. No habia olvidado el cariño que le profesó en su infancia, y este sentimiento aún resonaba en el corazon del hombre de una edad de cincuenta y ocho años, como un agradable eco de la juventud. Tambien Raquel, por haber sufrido y experimentado mucho, habia cambiado notablemente, pero solo en lo físico, pues su espíritu habia quedado intacto.

La pequeña reunion se sentó en un lugar ámeno, que proporcionaba una vista sobre el lago, iluminado de una ráfaga del sol, que ya en su ocaso, hacia brillar su superficie como si fuese una capa de oro líquido. Entonces fué cuando dijo Alejandro:

—Cuán satisfactorio es para mí, que el destino nos haya reunido á nosotros que tenemos sentimientos idénticos.

—En efecto, contestó Raquel, y sus vivos ojos revelaban un gran entusiasmo. ¡Cuán profunda significacion tiene la frase «hombres idénticos en sentimientos», ella encierra toda una filosofía de verdad! «Amigos son iguales en sentimientos!» dice Goethe, en una elegia á los suyos. Nunca me ha penetrado mas profundamente una expresion como esta. Es una definicion que encontré eco en mi alma. Benevolencia..... amor..... tenemos y debemos tener para toda clase de hombres y criaturas. Amistad, estimacion, una feliz armonía podremos

tener únicamente para hombres que tienen los mismos sentimientos que nosotros, y de los cuales sabemos que concuerdan en los grandes puntos principales invariablemente con nosotros, de manera que jamás perturba el amor propio, ni por un momento á estos grandes puntos. Entónces todo está en órden. Inteligencia, talento, ingenio, humor, conocimientos, amabilidades, todas estas cualidades son agregados; pero muy amables, deseables reconocidas y aplaudidas de mi parte. Digo amabilidades..... porque la amabilidad está contenida por sí sola en los grandes puntos tan conocidos de vos, señor de Humboldt.

—Empero ellas requieren mucho! contestó la señora de Humboldt; aun mas de lo que son capaces de dar la mayor parte de los hombres.

—Requieren corazon y un humor firme é imperturbable, que se aconseja con la razon, dijo Raquel.

—Cosas que en efecto son bastante raras, opinó Guillermo.

—Pero que se encuentran entre nosotros, añadió Alejandro, dando la mano á la señora de Varnhagen. El volver á encontrar gentes que apreciamos y de las cuales hemos estado separados por mucho tiempo, proporciona siempre una gran satisfaccion que vivifica la existencia, porque en el fondo lo son únicamente las relaciones con hombres buenos, nobles y pensadores, que dan valor á la vida, y cuanto mas comunicativas sean, tanto

mas se conoce la individualidad, que es al último el verdadero y único goce.

—¡Si no nos engañaran con tanta frecuencia! opinó Carolina de Humboldt.

—A mí no me engañan tan fácilmente, dijo Guillermo de Humboldt; porque nada pretendo de nadie, y no me alimento con esperanzas; sino he puesto mis afecciones interiores en equilibrio con mi propia capacidad de tal modo, que ellas no tienen necesidad de dirigirse hácia el anterior. Puedo decir, con toda verdad, que jamás espero gratitud, pues lo que hago por otros, si no me parece indiferente, tiene su origen en ideas y máximas que para mí son de un valor del todo independiente del efecto que producen sobre otros. Todo aquello en que consiste mi vida, está aislado en sí é independiente de todas las casualidades, que conmueven frecuentemente la vida social. Por eso no las vitupero, ellas tienen su modo y yo el mio; que es el mas seguro y que hace dichoso. Con esto agradezco toda benevolencia hácia mi persona, y la tomo particularmente como una señal de lo que pasa en el alma de aquel que la manifiesta. Si un sentimiento de esta clase de fidelidad y estimacion, se ha mostrado mucho tiempo ha, aumenta esto naturalmente su valor.

—En efecto, dijo la señora de Varnhagen; y si nos convencen de un modo natural y sincero, que hemos hecho una impresion profunda y duradera en el ánimo de otro, hay en esto un sentimiento elevado y doblemente

satisfactorio, el de la conciencia de sí mismo, y el del noble temperamento que debe conservar y apreciar este mismo sentimiento.

—Empero se necesita aún otra cosa para que una amistad sea duradera; dijo Alejandro de Humboldt. Para estimar y amar á una persona, es preciso que ésta se haya creado una existencia en nuestra vida intelectual por su propia actividad, y esto le puede muy bien, si tiene carácter.

—¡O es grande por el amor! le interrumpió la señora de Humboldt, porque también el verdadero amor es una acción.

—Aún todas las acciones son nada, exclamó Guillermo, si no tienen su origen en aquella.

—Y esto es una felicidad para nosotras las mujeres! continuó la señora de Humboldt, porque sin ella, ¿qué sería de nosotras? El amor de madre y de esposo, son los pedestales de nuestro santuario. En el Estado, en la ciencia, y aun en la literatura, nada somos ni podremos ser según nuestra naturaleza, solo con muy pocas excepciones.

—¡Y solo en esto conozco la envidia! dijo Raquel dirigiéndose á Alejandro. ¡Dios mío! Cuando recuerdo vuestras lecturas públicas de antier, Sr. de Humboldt, quisiera verter lágrimas de pesar de ser mujer. Me deleitan, me entusiasman, como á todos los demás que os escuchan. El coleccionar y separar tesoros de experiencia de

esta clase, y presentarlos tan clara y prácticamente al público, es sublime.

—¡Sí! exclamó Guillermo con ojos chispeantes; es grandioso, y ha producido una impresión indescriptible! Toda la corte, casi todos los empleados superiores, todos los hombres científicos que hay en Berlin y en sus alrededores, estaban presentes y se deleitaban, á pesar de la seriedad del asunto. ¡Y qué popularidad!..... Creeme, Alejandro, de este modo llegareis á ser pronto una potencia intelectual.

Alejandro de Humboldt sonrió y dijo:

—Creo á lo ménos que de esta manera podré ejercer un influjo poderoso y benéfico. Por este motivo pienso establecer con regularidad las lecturas públicas, aunque francamente, no puedo vencer cierta timidez al presentarme de este modo ante el público.

—¡Magnífico! ¡magnífico! exclamaron todos unánimemente, y en todos los semblantes se pintaba la mas sincera alegría.

—¿Y de qué objeto tratareis? preguntó Guillermo.

—Presentaré al público, como ya lo hice en Paris, los resultados de mis investigaciones sobre la geografía física, de un modo comprensible. Pero tengo aún otro proyecto.

—¿Y cuál? preguntó Guillermo.

—Es un fruto cuyo germen ya prendió al tiempo de mi viaje por el Orinoco, y que al fin trata de madurar;

una obra que, por decirlo así, me representa á mí mismo y á toda mi vida.

—Acaso un conjunto de todas tus investigaciones y descubrimientos.

Alejandro guardó silencio por un momento. Sus brillantes miradas, descubriendo un nuevo mundo intelectual, vagaban sobre el lago en lo infinito, como si buscaran el principio y el fin de la creacion. En sus benévolas facciones se notó algo de audaz y triunfante, anunciando al Dios creador que se mostró entónces mas poderoso que nunca en su grande alma.

¡Era un momento solemnel..... Todos preveían la hora del nacimiento de una idea, que debia hacer época en la historia de la civilizacion, y con un amor íntimo, y con un aprecio y estimacion sin límites, dirigieron todos sus miradas al rostro del grande hombre, esperando las palabras que iba á pronunciar.

—¡Sí! dijo Alejandro. Al fin lo que hace decenios ha ocupado mi mente como el *problema principal de mi vida*, pienso realizarlo ahora, despues de haberme resuelto á dar las lecturas públicas, y ha caido, por decirlo así, como frute maduro del árbol del reconocimiento interior. Emplearé el tiempo que me queda de vida, en reunir en una grande obra, *una descripcion del mundo físico, en que describiré de un modo extenso, el conjunto de los objetos en el espacio; la accion coetánea de las fuerzas de la naturaleza y de los objetos que son el producto de estas mismas fuerzas.* ¡Oh! estoy

entusiasmado con este pensamiento..... pero..... recelo de su ejecucion..... porque ¿serán suficientes las fuerzas de un débil hombre como yo?..... ¿será suficiente el poco tiempo que me queda aún de vida, para llevar á cabo esta obra? Siento una fuente inagotable de buena voluntad en mi alma; pero, ¿quién puede asegurarme, que en mi puro y santo entusiasmo, no confie demasiado en mis fuerzas?

—¡Esto no tiene que temer mi grande Alejandro! exclamó Guillermo entusiasmado. No solo se debe obrar, sino hacerlo lleno de confianza, como si el éxito dependiera de uno mismo. Sí, mi querido hermano, asocia como siempre lo has hecho, el celo y el entusiasmo al sentimiento de la insuficiencia humana, por la cual sabes combinar perfectamente tus grandes servicios á la ciencia con tu amable modestia; si haces esto, digo, no faltará el éxito á tu empresa.

—¡Oh! Sr. de Humboldt! exclamó Raquel. Vos jamas olvidareis la gran verdad: «el hombre puede convertir la vida en lo que el quiera, y darle tanto valor para sí mismo y para otros, como vale su propio Yo.» Esto os dice vuestra conciencia, y con ello os será fácil convertir vuestra vida en una continua marcha triunfal del espíritu humano.

—¡Valor, mi noble amigo! dijo la Sra. de Humboldt estrechando la mano de su cuñado. Justamente la modesta duda que teneis de vuestras fuerzas, demuestra que conocéis lo grandioso y dificultoso de la empresa

y que por eso sois capaz de ejecutarla. No nos habeis dicho todavía nada del contenido especial de vuestra obra proyectada.

—¡Pues bien! contestó Alejandro. Vosotros estais tan íntimamente unidos conmigo, es decir, espiritualmente, que me veo obligado á extender ante vuestras almas el plan de la obra, tal como lo he concebido en mi mente.

—Si pertenciéramos como vos á la raza de titanes del gigante Atlas, dijo Raquel. Por ahora veamos el plan.

—¡Pues bien! dijo Alejandro. Ante todo haré notar, pues mi obra ha de ser un medio de ennoblecimiento intelectual, que por un goce elevado de la naturaleza, en el cual se demuestra la existencia de un gobierno superior y racional, se hace mas noble y mas libre el hombre que conoce las fuerzas que obran en la naturaleza y comprende la relacion mútua de los fenómenos que nos rodean.

—Te comprendo, querido hermano, le interrumpió Guillermo. Tú tienes la conviccion de que los resultados del estudio de la naturaleza se deben considerar no solo en sus relaciones por todos los grados de la educacion ó para las *necesidades particulares y aplicaciones de la vida social y económica, sino se debe considerar especialmente en sus grandes relaciones con la vida de toda la humanidad.*

—Así es! continuó Alejandro. Por medio del conoci-

miento aumentado en el conjunto de los fenómenos, debe ser elevado y ennoblecido el goce de la naturaleza, y por ello la esencia del espíritu humano. Empero, así como hay una diferencia infinita entre la alegría infantil y atónita de los pueblos de la antigüedad sobre la bóveda celeste, con sus innumerables estrellas, y la mirada de un astrónomo de nuestros dias, que comprende todos los fenómenos del movimiento de las estrellas; así debe ser muy diferente el estudio de la naturaleza en general, en las naciones que acaban de despertar en su propio sér y de aquellos pueblos, entre los cuales se cultivan á la vez todos los ramos de la educacion. Ambos experimentan en la contemplacion de la naturaleza un goce, que ejerce una influencia noble y benéfica; pero en los primeros consiste este goce solamente en una adivinacion de la armonía que existe en el eterno cambio de los fenómenos naturales, mientras para los últimos, lo origina el *conocimiento de la armonía en el universo, de la unidad en la variedad de los fenómenos y de la accion armoniosa de las fuerzas físicas.* Del estudio de la naturaleza depende pues el goce, por consiguiente habrá apenas dos individuos, que gocen de aquel modo de la naturaleza. La escala inferior de este goce, independiente del conocimiento de la accion de las fuerzas de la naturaleza, y aún casi independiente del carácter peculiar de la region que los rodea, solo penetrado del sentimiento de una grande, hermosa y libre naturaleza, no es mas que *un sentir confuso* de la existencia de ella, segun la-

yes eternas, contra las cuales nada puede la fuerza del hombre. Y sin embargo, esta especie de goce: la salida al aire libre, según el estado de nuestra alma, obra de un modo refrigerante, aumentando las fuerzas cuando hemos estado oprimidos por los golpes del destino, ó animándonos cuando movimientos dolorosos y apasionados trastornan lo íntimo de nuestro corazón. En todas las zonas y en cualquier grado de civilización, goza el hombre de este beneficio, que tiene su origen en la conciencia de un poder y orden supremo. Un grado elevado de goce en la naturaleza, es aquel en el cual contemplamos el carácter particular de un paisaje, con amor y sentimientos elevados. Esta especie de goce es más vivificante, y por esto más á propósito para ciertos temperamentos. Un círculo enteramente determinado de ideas y sentimientos se provoca por los fenómenos de la naturaleza, según nos conmueve la magnitud de las masas de ella en la lucha bruta ó en un estado inmóvil; ó nos sorprende la monotonía de praderas y sabanas inmensas; ó la vista de terrenos cultivados, el primer hogar del hombre, rodeado de rocas escabrosas á la orilla de un arroyuelo con sus aguas espumosas. Estas grandes escenas de la naturaleza ejercen su efecto no por medio de un reposo que indica un poder superior, sino por el carácter peculiar del paisaje, y aún lo salvaje se convierte en un espectáculo grandioso y en una fuente de goce. Aunque se encuentra este sentimiento oscuro de la armonía de las fuerzas de la naturaleza, que une lo terrestre y

sobrenatural, entre todas las naciones, es sin embargo, el grado superior del goce de la naturaleza aquel, en el cual no solo se *adivina* la conexión interior de los fenómenos, sino se la *conoce clara y racionalmente*.

—Y no hay duda, mi querido hermano, dijo Guillermo; en tu obra: *Ojeadas á la Naturaleza*, has dado un gran estímulo al hombre bien educado, para esta clase de goces.

—Creo á lo ménos haber ejercido, no solo un influjo favorable en el ánimo de los lectores, sino también respecto del estudio de los fenómenos de la naturaleza, en su armonía y regularidad, dijo Alejandro.

—Empero, repuso la Sra. de Humboldt, ¿no pierde acaso la naturaleza su encanto misterioso y su sublimidad, si toda nuestra atención se dirige á la investigación del interior de sus fuerzas, de manera que se debilite el goce de la naturaleza por el conocimiento de la misma?

—¡Oh! de ninguna manera, dijo Alejandro con apacibilidad. Este recelo desaparece luego, si consideramos que el conocimiento en el conjunto de los fenómenos, única, digna y más alta escala del goce de la naturaleza para el *hombre pensador*, ensancha y ennoblece el espíritu, despierta la alegría de una inteligencia superior, y conduce á la contemplación de lo espiritual y lo regular en el mundo. Por la investigación de la naturaleza, se despiertan órganos que hasta entonces habían dormido en nosotros, y nos sentimos elevados física y moral-

mente, juzgando la posición que guarda el hombre con respecto al mundo de que está rodeado, por las leyes universales hasta ahora conocidas.

—¿Y de qué modo piensas alcanzar esta grandiosa contemplación? preguntó Guillermo.

—*Dando un cuadro general de la naturaleza, una representación del orden universal según sus dos esferas, la celeste y la terrestre*, contestó su hermano. Este cuadro debe comenzar con las profundidades del edificio del mundo, de las cuales no conocemos todavía más que las leyes de gravedad, con las regiones de las estrellas nebulosas y dobles; después ha de descender paulatinamente por la isla de estrellas, á la cual pertenece también nuestro sistema solar, hasta el cuerpo terrestre rodeado de aire y de mares, su figura, su actividad vital, su materia, su temperatura y expansión magnética, su vida vegetal y animal, que alimentadas por la luz, se desarrollan en su superficie. De este modo comprenderá este cuadro del mundo, los inconmensurables espacios del cielo, así como aquellos organismos del reino vegetal y animal, que se pueden conocer solo por medio del microscopio. Todo lo que se puede observar y que ha reconocido una rígida investigación en cualquiera dirección hasta nuestros tiempos, debe ser el material de este cuadro.

—¡Cielos! exclamó Guillermo, y todos quedaron asombrados por la magnitud colosal de este pensamiento.

—¡Oh! esto hará época continuó el ministro. ¡Cuán-

to atractivo no debe tener este arreglo del conjunto universal como tú piensas representarlo, para el espíritu y el temperamento del hombre pensador; y la alta significación que debes atribuir naturalmente también á los fenómenos, que no se consideraban ántes bajo este punto de vista.

—¿Y por qué no comienza este cuadro universal con la tierra, que nos toca más de cerca? preguntó Carolina de Humboldt.

—Porque ella es una parte infinitamente pequeña comparada con el conjunto, y debe aparecer subordinada á este mismo conjunto, contestó Alejandro. Me parece más acertado comenzar con lo que llena los espacios celestes..... es decir, de la extensión de la materia. Luego procuraré demostrar esta última en sus formas sucesivas, el modo como se convierte en cuerpos celestes esféricos rotantes de una densidad y magnitud muy diferentes, en parte con luz propia y aérea como neblina de luz, originada é impregnada de un éter infinitamente sutil y trasparente, y repartido en todo el universo. Además, trataré de demostrar cómo se presenta este éter ya en nubecitas de luz con determinados límites y en forma de disco, ya desarrollándose sin forma alguna ó multiforme, pareciendo diferente de los demás cuerpos celestes aun á la simple vista.

—¿Y todo el universo está impregnado de este éter? preguntó Raquel.

—Que todo universo está impregnado de este éter, continuó Alejandro de Humboldt, resulta incuestionablemente de las observaciones, que se han hecho con respecto á la órbita regularmente variada de los cometas. Es verdad que todas las nubes luminosas en la bóveda celeste no son mas que condensaciones de vapor universal, y que muchas consisten en grupos de estrellas cuya inmensa distancia nos impide aún distinguirlas por separado, y cuya luz nos parece reunida en una pequeña nube luminosa. Aunque se haya reconocido paulatinamente un número bastante considerable de estas estrellas nebulosas por acumulaciones de soles innumerables, hoy se conocen sin embargo como dos mil quinientas, en las cuales no se distinguen las estrellas ni con los telescopios de mayor alcance. Estas nubes de luz se pueden considerar únicamente como éter condensado, de las cuales se forman paulatinamente, como es probable, grupos de estrellas despues de muchos miles de años. Pues de lo variado en la densidad y figura, del desarrollo progresivo, que entre las diversas neblinas llega de la mayor subtilidad hasta estrellas nebulosas, (estrellas sólidas rodeadas de una capa vaporosa) podemos inferir, que también aquellos espacios celestes están en un continuo desarrollo, aunque no lo podamos observar por la corta duracion de nuestras observaciones.

Toda la reunion escuchó con un asombro silencioso. Pues Alejandro parecia en aquel momento á un general, que hacia avanzar sus ejércitos sobre el campo de bata-

lla con una tranquila certidumbre de la victoria. Su espíritu estaba sumergido en los espacios del universo, en que se sentia tan familiarizado, como sus oyentes en el pequeño círculo de su vida ordinaria. Luego continuó Alejandro, dirigiendo sus miradas hácia el cielo del crepúsculo:

—Así como algunas estrellas nebulosas han sido fraccionadas en grandes cantidades de soles, del mismo modo forma también nuestro sol, en union de las innumerables estrellas que adornan nuestro cielo nocturno, y cuya multitud mas distante hace unir su luz en el *débil brillo de la vía láctea, todo un sistema de estrellas, una isla del mundo en el espacio infinito*. Nuestro sol, que se encuentra aproximativamente en el centro de esta masa de estrellas de figura lenticular, forma con planetas, satélites y cometas, solo una parte infinitamente pequeña en el gran conjunto. De estas islas de mundos han sido descubiertas muchos miles, y acaso solo el poco alcance de nuestros telescopios es la causa de que no conozcamos muchas mas.

Y Alejandro de Humboldt siguió explicando, que avanzaria luego en el modo proyectado hasta el sol, los planetas y sus lunas, los cometas, estrellas volantes y meteoros. En seguida descenderia á la tierra, al hogar del género humano, que está ligada por el lazo misterioso de la gravedad, de la luz y del calor, no solo con el sol, sino también con las demas estrellas fijas y del espacio.

Mas y mas se entusiasmaba Alejandro, porque este era su verdadero elemento, pues la mayor parte de su vida la habia dedicado á investigar con una constancia y un valor incansables las circunstancias *telúricas*. Las palabras brotaron de su mente, como de una fuente inagotable. La condensacion comparativa de la figura de la tierra, su densidad média, su calor latente, su fuerza electromagnética le hicieron tocar tambien aquella fuerza que es la base de todos estos fenómenos, la reaccion del calor terrestre subterráneo sobre la costra de la tierra. En esta fuerza veia no solamente la causa de las erupciones volcánicas, de los terremotos, manantiales de aguas termales, etc., sino tambien la condicion para aquella figura de la superficie de la tierra que conocemos. A causa de esta misma fuerza, (así lo demostró con una elocuencia entusiasta,) salieron en tiempos muy remotos de entre las hendiduras de la costra de la tierra, poderosos torrentes de rocas fundidas, de que se formaron serranías y mesas altas (partes del mundo), cuya forma y límites han sido modificados paulatinamente por los líquidos disolventes de la tierra.

La obra debia tratar tambien del magnetismo terrestre, del iman, de las relaciones de temperatura y corrientes magnéticas y eléctricas, de las fuentes termales y de gas; de la formacion de la tierra, del mar y de la atmósfera, con sus fenómenos de la vida orgánica y del género humano, y finalmente, debia contener *la historia del reconocimiento del conjunto del universo mismo*. To-

do..... todos los fenómenos del planeta que habitamos.

El sol ya se habia ocultado, apareciendo la luna silenciosamente en el horizonte, cuando Alejandro de Humboldt explicaba aún en la corriente interminable de su discurso, el plan de la magna obra que debia formar el centro de gravedad de su vida.

—Y, dijo finalmente, de este modo esta obra, para cuyo título he elegido despues de muchas vacilaciones, el de *Kosmos*, comprendiendo la esencia y ser del universo..... esta obra ha de desarrollar un *cuadro del mundo que enriquezca el espíritu de los hombres con ideas, eleve el sentimiento por lo grande, hermoso y sublime; excite vivamente la imaginacion provechosamente y ejerza su influjo benéfico sobre la vida, la religion, las costumbres, y las instituciones políticas de las naciones*.

Alejandro de Humboldt guardó al fin silencio; pero Guillermo, su hermano, se puso en pié entusiasmado, se le acercó, y estrechando sus manos le dijo:

—¡Hermano, ves mi asombro, mi admiracion y la de todos los presentes! Como un faro de las ciencias, ya esparcen los rayos de tu inteligencia calor y luz sobre el mundo, y acaso será despues de muchos siglos todavía la segura señal del puerto salvador para el investigador errante en el mar de la ciencia; *empero, por esta obra proyectada, serás en verdad el orgullo y el adorno de nuestra nacion, y lo serás mientras que en el mundo exista la historia y la ciencia*.

Todos se habían puesto en pié y nadie se atrevió á añadir algo mas. La impresion que habían hecho Alejandro al exponer su proyecto y Guillermo con sus elogios, era demasiado profunda y poderosa, para dar lugar aún á otros sentimientos. Alejandro, el gigante de inteligencia, caminaba silenciosamente al lado de los suyos, para pasar una noche feliz y agradable bajo el techo protector de la casa paterna.

CAPITULO X.

Las lecturas públicas.

Alejandro de Humboldt había comenzado sus lecturas públicas, y el efecto que producian era inmenso. Todos los periódicos hablaban de ellas; y de grandes distancias venian multitud de personas para oirlas. Los salones de la universidad en Berlin ya no eran suficientes para contener la muchedumbre, por este motivo se vió obligado Alejandro de Humboldt á dar sus lecturas en un departamento del *Orfeon*.

Era el dia en que por primera vez debian tener lugar en este punto. Dos horas antes de que comenzáran, un inmenso gentio tenia invadidas las calles inmediatas